Globethics Repository

Globethics

El grito de Job y de su mujer [The cry of Job and his wife]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Gallazzi, Sandro
Publisher	DEI-RECU
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-03 00:00:33
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/187889

[Ribla 52 – Escritos – Job – Sandro]

El grito de Job y de su mujer

Sandro Gallazzi

Resumen
No es posible afirmar que Job tuvo la razón y los amigos erraron o viceversa. Todos partieron de la certeza de la teología de la retribución. Los amigos gritando a Job que la misma funcionaba siempre. Job gritó a El Šadday, porque quería, de todas maneras, que la misma funcionase.
Job y sus amigos llamaron a Dios como El, Elohim, Adonai y, sobre todo, Eloah y Šadday. ¡Todo menos Yahweh! Šadday es un Dios a medida de la gente, que se orienta por nuestras elecciones. Es el Dios de la teología: es reflejo de la experiencia humana. Es un Dios a nuestra imagen y semejanza. Forma parte del sistema y lo legitima. Eloah/Šadday sólo quiere obediencia y sujeción.
Job quería ver a Šadday, y quien se le aparece es Yahweh, en medio de la tempestad. Por medio de los ojos de Yahweh, Job es llevado a contemplar la rebeldía, la indomabilidad, la insumisión, la independencia de la vida generada por la fuerza de Yahweh[1]. No la esclavitud, no la sumisión, no el miedo. La rebeldía indomable es la característica del espíritu de Dios en sus criaturas. Yahweh: es el creador y libertador que nos convoca a ser, como él, creadores y libertadores contra toda tiniebla, contra todo Leviatán, contra toda forma de muerte, de sufrimiento y de opresión; también cuando nosotros somos las víctimas.

Abstract
It is not possible to affirm that Job was right and his friends wrong, or vice versa. They all took as their starting point the theology of retribution. The friends were shouting at Job that it always works. Job shouted to and against El Shaddai because he wanted it somehow to work.
Job and his friends called God El, Elohim, Adonai, and above all Eloah and Shaddai. Everything but Yahweh! Shaddai is a God whose measure is us, oriented toward our choices. He is a God of theology: he is a reflex of human experience. He is God in our image and likeness. He is part of the system and legitimates it. Eloah/Shaddai wants nothing but obedience and subjection.
Job wanted to see Shaddai, but it is Yahweh who appears to him in the whirlwind. Through the eyes of Yahweh Job is led to contemplate the rebelliousness, the untamability, the lack of submission, the independence of the life which is generated by the power of Yahweh.[2] Not slavery, not submission, not fear. The untamable rebelliousness is the characteristic of the spirit of God in his creatures. Yahweh is the creator and liberator who calls us to be, with him, creators and liberators against all oppression: even when we are the victims.

[1] Leif E. Vaage, "Do meio da tempestade – A desposta de Deus a Jó", en *RIBLA,* Petrópolis, Vozes, Vol 21, 1995, p.63-77.
[2] Leif E. Vaage, "Do meio da tempestade – A desposta de Deus a Jó", en *RIBLA,* Petrópolis, Vozes, vol. 21, 1995, p.63-77.

Todos nosotros, seres humanos estamos condenados a pensar en Dios a partir de las pequeñas categorías de nuestra mente. No hay cómo hablar de Dios sin proyectarlo en nuestra vida, nuestra experiencia, nuestro imaginario y, por eso, nuestras limitaciones, los confines de nuestra historia.

Esta realidad está tan conectada con la teología que siempre permanecerá la duda al respecto de todo lo que se dice de Dios:¿será que Dios no es más que una proyección de nuestra realidad? ¿Será que Dios no pasa de nuestra necesidad de tener respuestas, consuelos, certezas, seguridades, motivaciones de vivir?.

¿Es Dios algo más que una proyección de nosotros mismos, de nuestras ideas, de nuestra vivencia social?.

Al final, siempre quedará la pregunta: ¿Existe Dios? Y, quizás, más intrigante todavía: si Dios existe, ¿para qué existe?

Ésta es una pregunta que incomoda nuestra fe cuando se confronta con nuestra racionalidad, pero incomoda mucho más cuando la gente ve injusticias, guerras, opresiones, corrupciones, racismos que victiman millones de nuestros hermanos y hermanas, sin que Dios haga algo por salvarlos.

Y todavía más incómoda cuando el sufrimiento, el dolor y la muerte alcanzan directa, cruel e inexplicablemente nuestras propias vidas y nuestros propios hogares.

Dios, ¿dónde estás?

El libro de Job trabaja con estas dudas, con estas inseguridades. El libro de Job pone en discusión a todos nuestros teólogos y teólogas y a todas nuestras teologías.

Es de nosotros, doctores y doctoras, que este libro habla y habla de nuestras elucubraciones teológicas, muchas veces fútiles e inútiles, que se originan en nuestras academias.

Es con nosotros, habladores compulsivos que pretendemos saber de Dios, que este libro quiere dialogar.

1 – Lo que dicen los estudiosos

Muchas páginas fueron ya escritas sobre el libro de Job y podemos aumentar muy poco a lo que ya fue dicho y contradicho.

Vamos a resumir aquí lo que lo que nos dice la investigación bíblica respecto a este libro:

a – La estructura del texto

Parece evidente que hubo un largo proceso redaccional, que debe haber durado mucho tiempo y en el cual, podemos identificar, por lo menos, tres momentos redaccionales.

Un primer texto, muy breve –posiblemente el más antiguo, escrito alrededor del siglo VIII aec – redactado al estilo de los cuentos edificantes y que está constituido por los primeros dos capítulos y por la conclusión del libro, en 42,10-17.

Sería éste un elogio a la teología de la retribución mostrando que, para los justos, los sufrimientos son enviados por Dios para probar su firmeza y fidelidad. Si permanecemos en la paciencia, aceptando de la mano de Dios las cosas buenas y las cosas malas, con toda certeza, seremos recompensados y todo tendrá un final feliz.

Nada diferente de los mensajes de las novelas en su conjunto.

Es en este sentido, que la memoria de Job es retomada en el libro de Ezequiel para repetir, cuatro veces, que la justicia de Job sólo serviría para salvarse, apenas él mismo y nadie más.

> "Aunque estuviesen en medio de la tierra estos tres hombres, Noé, Daniel y Job, ellos, por su justicia, salvarían únicamente su propia vida, dice Yahweh Dios (…) Tan cierto, como yo vivo, dice Yahweh Dios, aunque estos tres hombres estuviesen en medio de la tierra, no salvarían ni a sus hijos ni a sus hijas; sólo ellos serían salvos, y la tierra sería desolada" (Ezequiel, 14,14-20)

La carta de Santiago, también, destaca la lectura retribucionista de las memorias de Job, para exhortar a los fieles en la paciencia y en la perseverancia:

> "Miren que tenemos por felices a aquellos que perseveraron firmes. Han escuchado de la paciencia de Job y vieron el fin que el Señor le dio; porque el Señor es lleno de eterna misericordia y compasivo" (St 5,11)

El segundo momento redaccional sería bastante posterior, alrededor del siglo V aec. El libreto anterior fue usado como molde de un texto poético que, en 29 largos capítulos, nos presenta a Job en debate con la sabiduría retribucionista representada por los tres sabios.

Los caps. 32-37 que nos relatan el discurso de Elihú, con el cual Job siquiera dialoga, podrían identificar un tercer momento redaccional, muy cercano, por lo demás, del segundo y que resumiría la sabiduría teológica dominante en la época.

b – El "lugar" redaccional

¿Quién escribió este texto? ¿A qué grupo social representa? ¿Qué partido o texto toma en consideración en el conflicto social que lo produjo?

Aquí comienza una discusión que parece sin fin. Es evidente que la redacción final del libro nos presenta un debate bien polémico, en el cual teologías diferentes quedan enfrentadas.

Es indiscutible que hay un contexto conflictual tras estas páginas. Pero, ¿qué tipo de conflicto?

Este conflicto nada tiene que ver con Jerusalén, ni con el segundo templo sadocita. En ningún momento la solución pasa por los sacrificios expiatorios y rituales purificadores que

restablezcan el debido orden de las cosas. Como en casi toda la literatura sapiencial, es evidente la ausencia total de sacerdotes, levitas, templos y altares[3].

Los sacrificios reparadores y purificadores sólo aparecen en forma de holocaustos y en el texto más antiguo: los celebrantes son el propio Job y los tres sabios (1,5; 42,8)

Y, posiblemente, poco o nada tiene que ver con Judá. Todos los personajes son "extranjeros": Job es de la tierra de Hus (1,1), Elifaz viene de Temán, Bildad de Šuaj, Sofar de Naamat y Elihú viene de Buz. Son todas ellas, ciudades situadas en la región árabe, al sur de Edom; ¿o serían de la región aramea, al sur de Damasco?

Es un texto que parece no tener nada que ver con Israel; no con el pueblo. Lo que está en discusión es el ser humano: hombres y mujeres frente a su realidad y frente a su historia, personal y comunitaria. El hecho de que Job no tenga genealogía puede ser un signo de este horizonte universal.

Es la búsqueda por una respuesta universal para realidades concretas y universalmente vividas. La relación y hasta la dependencia de la literatura sapiencial de otros pueblos, sobretodo, árabes, egipcios y mesopotámicos, es, evidente y reconocida por todos los exegetas.

En este contexto, el libro de Job toma, indiscutiblemente, el lado de quien sufre, de quien grita y clama por la justicia, al lado de los pobres y de las pobres y rechaza explicaciones y teologías de quien procura silenciar el grito del pobre, encubriéndolo en nombre de Dios y proclamando, como única solución, el arrepentimiento y la resignación, en nombre del miedo que él inspira, por causa de su inmensa e incuestionable justicia.

c – El género literario

Jerónimo decía al hablar del libro de Job: "inicia con prosa, continúa en poesía y termina en un sermón. Son usadas todas las leyes de la dialéctica: proposición, discusión, confirmación, conclusión. En él, todas las palabras deben ser tomadas en su sentido pleno."

Teodoro de Mopsuéstia comparó el libro a una tragedia. En el Talmud, inclusive con controversias, se afirma que "Job nunca fue criado ni existió, se trata, sencillamente, de una parábola". Maimónides, el sabio árabe, dice que "la base del libro es una ficción, pensada con el objetivo de explicar las diferentes opiniones del pueblo respecto a la divina providencia."[4]

Su origen literario puede ser encontrado en el ambiente sapiencial o judiciario o de lamentaciones. Cada propuesta encontró exegetas conmovidos, listos a defenderla.

d – La posición canónica

El debate alrededor del libro de Job, puede adquirir otras connotaciones si tomamos en consideración la colocación que el libro de Job, ocupa en las diversas versiones.

[3] El único texto en que aparecen los sacerdotes, es para decir que "a los sacerdotes, llévalos despojados de su cargo y a los poderosos transtorna" (Job 12,19).
[4] Pio Fredizzi, *Giobbe,* Torino, Marietti, 1972.

El canon hebraico – masorético, coloca a Job, justo después del libro de los Salmos y antes de Proverbios, haciendo de él el centro de la primera de las colecciones reunidas entre los escritos.

El canon griego de la Septuaginta, descoloca a Job, hacia el corazón de la colección de los libros poéticos, después de los Salmos, Proverbios, Eclesiastés y Cantar de los Cantares y antes de la Sabiduría, del Sirácida y los Salmos de Salomón.

El canon latino de la Vulgata, seguido por las bíblias católicas y protestantes tradicionales, hace de Job, el libro de apertura de los textos sapienciales: una especia de clave de lectura de toda la colección.

La hermenéutica canónica de la Biblia, también es desafiada por este libro que, de cualquier manera, al inicio o en el centro de las colecciones sapienciales, adquiere una importancia clave de lectura, para todo el conjunto.

El libro que viene después del de Job es, entonces, decisivo, en la lectura canónica, para su interpretación.

En el texto masorético, la salida hacia el drama de Job, siguiendo la propuesta de los Proverbios, es la vida sencilla y honesta del justo, fruto verdadero de toda sabiduría. Se trata de continuar obrando como Job, siempre, proclamó haber actuado.

La Septuaginta ya nos señala la salida por la certeza de la justicia inmortal de Javé (Sb 5). El justo que sufre, inexplicablemente, adquiere, aquí, la dimensión del justo que es perseguido y condenado a muerte, pero cuya vida está segura en las manos de Dios, pues,

> "los justos viven para siempre, reciben del Señor su recompensa, cuida de ellos el Altísimo" (Sb 5,15).

La Vulgata, a su vez, nos indica la salida hacia la oración. Las lamentaciones del justo que sufre, continúan multiplicadas en los salmos y aparecen confrontadas con la memoria de una historia que, a pesar de los pesares, siempre fue una historia de salvación. Se abre, así, espacio para la resistencia y la esperanza del justo en permanecer en el camino de la justicia, en la certeza de que

> "él es como árbol plantado junto a la corriente del agua, que, al tiempo debido, da su fruto, y cuyo follaje no se marchita; y todo cuanto él haga le saldrá muy bien". (Sl 1,3).

Como estamos viendo, las posibilidades interpretativas son variadas, dependiendo inclusive del lugar canónico ocupado por el libro.

Hechas estas premisas y frente a tantas interpretaciones, me atrevo a presentar mi clave de lectura para este libro, que, con seguridad, existió antes de entrar en cualquier canon.

Asumo como tranquilas y no discuto las cuestiones literarias y de datación del texto que presenté anteriormente. Lo que me interesa, sí, es hacer de este texto una lectura que sea capaz de hablar y encontrar eco en nuestra realidad latino-americana, marcada por la presencia de tantos sufridores y sufridoras que continúan gritando: "¿hasta cuándo?".

2 – El punto de partida: la teología de la prosperidad

Job está viviendo una situación de gran prosperidad: una riqueza inconmensurable acompaña la rectitud e integridad de quien teme a Dios y se aparta del mal.

Estamos hablando del "más rico de todos los hijos del Oriente" (1,3b).

El paralelismo es evidente: el más íntegro = el más rico.

De los siete hijos y de las tres hijas de Job, sólo se recuerdan los numerosos banquetes y los días de fiesta. Ellos no necesitan hacer nada, ya que papá Job tiene esclavos en un gran número.

La única preocupación de Job es con la "purificación" de ellos que, con certeza, deberían cometer algunos abusos en esta vida placentera e inútil. Los días de fiesta eran seguidos por una celebración casera, cuando todos eran convocados para ser purificados. Job ofrecía un holocausto por cada uno de sus hijos, pues se decía:

> "tal vez mis hijos en su pensamiento, pensarán cosas malas[5] contra Dios" (1,5)

¿Por qué será que ellos, teniendo todo lo que querían de la vida, irían a pensar cosas malas contra Dios? A no ser que Job supiese cómo es común al rico, pensar que Dios no está ahí, con lo que sucede con nosotros. (Sl 73,9-12; 10,11; Sf 1,12).

El holocausto ofrecido en nombre de cada uno, "repara", así, la posible falta de los hijos.

3 - ¡Tú me instigaste contra él para aniquilarlo!

Éste es el lado más cínico de nuestra narración.

Job es bueno, ¿porque todo le va bien (intuición satánica) o Job es bueno porque es el mejor esclavo de Dios que existe en la tierra (deseo divino)?

Es el más rico de todos, ¿también el mejor de todos?

El 'tira-y-afloja' entre Dios y Satán, provoca la muerte de todos los numerosísimos esclavos de Job – de los cuales sólo quedan cuatro para poder contar la historia – y de todos los hijos e hijas suyos.

La perseverancia de Job en su integridad, a pesar de la desgracia y del luto, hace que hasta Dios se arrepienta de haberse dejado llevar por Satán a tamaña destrucción. (2,3). El arrepentimiento, dura bien poco Nuevamente, provocado por Satán, Dios deja que Job sea reducido a un cachivache de la humanidad.

El más rico se convirtió, ahora, en el más pobre, el más miserable, el más enfermo de todos los hombres: sentado en medio de la ceniza, él está rascándose con un pedazo de cerámica.

---

[5] Aquí, como en 1,11 y 2,5.9 el hebreo usa la palabra "bendecir" a Dios como indicadora de un pecado cometido. El texto griego, empero, trae "pensarán maldades contra Dios". ¿Hay quien resuelva la contradicción, afirmando que el texto masorético usó "bendecir" como un eufemismo, para evitar la presencia de un término peyorativo al lado del nombre de Dios?.

La presencia de tanta ceniza nos hace intuir cuan grande y largo fue el luto de Job.

No hay ninguna actitud paterna en este Dios, que quiere demostrar a Satán, cómo es de bueno su esclavo Job. A Él no le importa causar muerte, dolor y destrucción, con tal que sea capaz de convencer a Satán de la paciente sumisión de Job.

Éste es el otro lado perverso de la teología de la prosperidad. Si no hay prosperidad, es porque Dios está probando hasta cuándo y hasta cuánto resiste la fe del pobre.

El culmen de la situación es que no va a haber una tercera audiencia celestial, y nosotros, lectores, nunca sabremos si Satán, al final, se convenció de que Job era, de verdad, el mejor esclavo que Dios pudiera desear.

4 – El grito de la mujer

Los labios de Job no pecan. De su boca sólo sale aceptación y resignación. En medio de la historia, el primer grito de revuelta, viene de su mujer.

El texto masorético liquida este grito en una simple frase:

> "¿todavía perseveras en tu integridad?" (2,9)

Al igual que Dios, la mujer de Job, también se admira por su "perseverar en la integridad". Dios casi se arrepintió por lo que había dejado hacer con Job. Casi…

Su mujer ya entendió esto: Dios prefiere derrotar a Satán, a través de la fe de Job, que cuidar del mismo Job.

> "Bendice/maldice a Dios y muere". (2,9)

Lo que la mujer gana por haber intuido la realidad de un Dios que hace lo que quiere, cuando quiere, y como quiere, es la de ser llamada "tonta".

A lo largo de los siglos, esta mujer, como por el contrario, la mujer de Sócrates y la del Sirácida, será el símbolo –queridísimo a la sabiduría masculina- de la mujer que atenaza la vida del pobre que ya sufre.

El texto griego de los LXX nos presenta, también, un grito bien diferente que, quizás, nos ayude a entender la exasperación de esta mujer.

> "Después de mucho tiempo, su mujer le dijo: ¿hasta cuándo continuarás diciendo:
> - voy a esperar un poco más de tiempo, aguardando la esperanza de mi salvación.
>
> He aquí que desapareció de la tierra tu memoria: los hijos y las hijas, dolor y trabajo de mi vientre, por los cuales yo sufrí en vano.
> Tú mismo estás tumbado lleno de heridas y pasas las noches al relente, en cuanto yo, mujer sin casa y al día, voy de lugar en lugar, de casa en casa, esperando la puesta del sol para descansar de las fatigas y de los dolores que ahora me atormentan.
> Pero, di una palabra al/contra el Señor y muere." (2,9 LXX)

¡Cuánto dolor en estas palabras!. Todos, hasta Dios, sólo se preocupan de Job y de sus reacciones. Nadie se preocupó lo mínimo, frente a las reacciones de esta mujer.

Los hijos que murieron son aquellos que ella dio a luz con su dolor; la casa destruida es aquella de la cual ella cuidaba con cariño; de mujer del hombre más rico del mundo, ella es obligada a mendigar 'algo', de casa en casa, como al día, para sustentar a sí y a su marido, dolorido de la cabeza a los pies y, todavía más, obligada a soportar el hedor de su hálito (19,17).

Con todo, no es tanto esto lo que exaspera a la mujer. Lo que la revuelve es la actitud de Job, el cual, después de mucho tiempo, continúa diciendo:

"voy a esperar un poco más de tiempo aguardando la esperanza de mi salvación".

Job no se abre a la teología de la prosperidad. Si él manifestaba su sumisión y aceptación resignada de tantos dolores, era porque creía que, pasado el tiempo de la prueba, la recompensa, la salvación era inevitable. Era cuestión de esperar sólo un poco de tiempo; solamente un poco…

La mujer cuestiona, desentona, atormentada por las fatigas, por los dolores y por las pérdidas habidas y, incluso así, sin dejar de luchar, de hacer todo lo que puede para asegurar su vida y la de su marido.

Ella se cansó de oír a Job hablar para sí o para ella. Ella quiere oír a Job decir una palabra al Señor. Aunque para ello, él tenga que morir. Al fin y al cabo, ésta es sólo la opción que Satán y Dios le dejaron cuando lo aniquilaron en todos los sentidos, dejándole solamente la vida (2,6).

Vivir así, ¿por qué? ¿Para qué? ¿Para quién?

5 – Siete días y siete noches después

El grito de la mujer desentona del silencio de todos los demás.

Los amigos que vinieron para compartir el dolor de Job y para consolarlo, después de romper en llanto y celebrar los gestos rituales de luto, quedan sentados, al lado de él,

"sin decirle una palabra, viendo cómo era atroz su sufrimiento" (2,13).

Por siete días y siete noches.

Es a la vuelta de los siete días en los cuales Dios, con su palabra, venció a la muerte y generó la vida.

En esta vez, son siete días y siete noches de silencio total, en las sombras del dolor.

Después, la palabra que se va a escuchar será una palabra de muerte:

"Perezca el día en que nací y la noche en que se dijo: ¡Fue concebido un hombre!" (3,3)

Es la anti-creación.

Ninguna luz debe iluminar las tinieblas (3,4-6). Las tinieblas, la noche, la maldición, la muerte son mejores que cualquier forma de vida.

En el horizonte está el deseo de la muerte, del sepulcro.

Después de siete días, toda esperanza de salvación desaparece. Siete indica plenitud, totalidad. No vale ya esperar "un poco más de tiempo".

El tiempo se completó y la salvación no llegó.

Job, finalmente, grita. Es el mismo grito de dolor que salió de la sufrida garganta de su mujer.

"¡Por mis hijos sufrí en vano!" (2,9 LXX)
"¿Por qué dar a luz al miserable,
la vida a quien vive en amargura,
a quien ansía por la muerte que no llega?" (3,20-21)

Es la "palabra a/contra Dios" que su mujer cobraba de Job para que la muerte liberadora y deseada pudiese castigarlo:

"a un hombre cuyo camino está cerrado
porque Dios lo cerró de todos los lados" (4,23).

Job dejó de lado su esperanza. Después de siete días, no dio más para esperar nada de Dios.

La creación deja de expresar el "todo bueno" que Dios hizo.

Así como inició, el grito de Job termina gritando lo contrario de lo que proclamaba la primera página del Génesis.

"No tengo descanso, ni sosiego, ni reposo, y ja me viene una gran perturbación" (3,26)

6 – El inútil debate sobre Dios

La palabra de Job a/contra Dios es el final del silencio. En silencio sólo va a quedar ahora la mujer.

Los amigos –que nadie sabe por qué, fueron transformados por los LXX en reyes y tiranos; tal vez porque su sabiduría es la base de la sustentación de todo poder- comienzan a hablar desenfrenadamente.

Lo que, al final, ellos dicen a Job es justamente lo que Job dijo a su mujer: "tonterías" (5,2.3; 34,35). Hasta Dios va a llamarlo de "tonto" (38,2) y, al final, él mismo, el propio Job, reconocerá que habló como un "tonto" (42,3) y, de la misma manera, los amigos, también, hablaron "sandeces" (42,8).

Todos los que hablaron de Dios, sin excepción alguna, hablaron "tonterías", hablaron "sin conocimiento".

La narrativa de los caps. 1 y 2, justamente porque es absurda y totalmente irreal, se vuelve paradigmática para el ejercicio de la reflexión teológica, del hablar sobre Dios.

El libro de Job que aparenta ser un debate entre sabios teólogos, en realidad es un conglomerado, un conjunto, una colectividad de "bobos".

6.1 – Las tonterías de los amigos sabios

No es el caso de perder tiempo con las "tonterías" proclamadas por los amigos de Job que, desde lo alto de su pretendida "sabiduría", pontifican sobre el dolor y la realidad humana. Todos los comentaristas ya se detuvieron en eso. Y, ¿quién sabe?, ¿no serán las mismas tonterías que todos nosotros, teólogos y teólogas, continuamos hablando, hoy también?

- Dios recompensa a los buenos y castiga a los malos
- Dios es justo y si él te castiga es porque tú te lo has merecido
- Si tú eres bueno, entonces Dios está probando tu fidelidad, por medio de tu dolor
- No arguyas tu voz contra Dios, confórtate con la voluntad de Dios y arrepiéntete de tus pecados

El refrán que los sabios más repiten, para probar la justicia de Dios es que, siempre, los malvados son castigados y perecen. Los tres amigos lo repiten en cada frase del debate con/contra Job y nuestro texto reparte estas afirmaciones en partes casi iguales entre ellas: son 30 versículos de Elifaz: 4,8-9; 5,2-7; 15,20-35; 22,15-20,29; versículos de Bildad: 8,8-19; 18,5-21; y 27 versículos de Sofar: 11,20; 20,4-29.[6]

La dinámica propia del texto nos lleva a no aceptar los argumentos de los amigos. Nuestra simpatía es orientada hacia Job y los sabios acaban siéndonos presentados como personas antipáticas, sabihondas, pedantes, presumidas y fastidiosas.

El propio Job se muestra contundente contra todas estas argumentaciones; su ironía desmonta todas las pretensiones de estos "embusteros", "charlatanes", (13,14) "consoladores inoportunos" (16,2); así como las pretensiones de teólogos y teólogas de ayer y de siempre.

"Realmente son gente importante
y con Uds. morirá la sabiduría" (12,2)
"Si, al menos, callaran,
les tomarían por sabios". (13,5)
"Sus máximas son proverbios de ceniza
y sus réplicas son réplicas de arcilla." (13,12)
"También yo podría hablar, como ustedes,
si ustedes estuviesen en mi lugar." (16,4)

En su revuelta, en medio de toda su amargura, Job desenmascara la actitud de los sabios que sólo saben hablar de Dios. Él pone el dedo en la llaga y grita la inutilidad y la perversidad de la teología, cuando olvida la realidad humana.

"¿Para defender a El, usarán de la falsedad
y en su favor dirán mentiras?
¿Quieren tomar el partido de él
o ser los abogados de El? " (13,7-8)

[6] Otros fragmentos que trasmiten los mismos principios, los encontramos en 24,18-24 y 27,13-23. Las imágenes usadas son comunes a otros textos bíblicos, sobretodo a algunos salmos: incluso aparentando toda seguridad, el malvado es derrumbado por un viento fuerte y prolongado; seca desde la raíz ; no tiene savia y seca antes que toda hierba; su bien-estar es efímero, su alegría es pasajera y todo desaparece como en un sueño. Él va a sufrir de inundaciones o sequías, saqueos o guerras; será cortado fuera, como un gallo inútil y arruinado para siempre. Recibirá sentencia desfavorable, perderá todos sus bienes y sus descendientes no tendrán pan para comer. Pesadillas, angustias serán su compañía perenne y ni la muerte será alivio para él: será olvidado.

Los que, antes, en el silencio solidario, se mostraron como amigos, ahora, por causa de su sabiduría, se volvieron los "enemigos" de Job.

Para salvar a Dios ellos precisan condenar a Job:

"Si de hecho caí en un error, mi error sólo habla respecto a mí.
¿Quieren triunfar sobre mí, lanzándome en el rostro mi afrenta?
¡Pues Ustedes saben que fue Eloah quien me oprimió,
envolviéndome en sus redes!" (19,4-6)

Ésta es la certeza que Job no tiene miedo de denunciar: ¡el que tiene la culpa de todo es Dios!

6.2 – Las tonterías que Job habló

No bastó a Job el primer grito de revuelta, ni bastó hablar a/contra Dios y, después, morir.

La muerte que no llega y, sobretodo, la censura que le viene de los amigos, llevan a Job a hablar, a explicar, a hacer teología, a hablar "de" y "sobre" Dios. Y, al hablar "de" y "sobre" Dios, era inevitable que se dijeran varias "tonterías".

6.2.1 – Dios es el culpado por mi sufrimiento

Dando secuencia a su grito de revuelta, acompañando las palabras de su mujer y mostrando haber entendido lo que efectivamente ocurrió y nos fue narrado en los primeros dos capítulos, Job grita, en voz alta y con buen sonido, y sentencia que Dios es el culpable de todo lo que está sucediendo con él.

Las afirmaciones son contundentes y provocadoras:

"Eloah cercó al hombre por todos lados." (3,23)
"Llevo clavadas las flechas de Shaddai
y me siento absorbiéndole el veneno.
Los terrores de Eloah me asedian." (6,2)
"Ël , que me arrasa en la tormenta,
y me hiere mil veces sin pretexto." (9,17)
"Vivía yo tranquilo, cuando me machacó,
me agarró por la nuca y me trituró.
Hizo de mí su blanco. Sus flechas zumbaban en torno a mí,
Traspasó mis riñones sin piedad y derramó por tierra mi hiel.
Abrióme con mil brechas y me asaltó como un guerrero. (…)
Aunque no haya violencia en mis manos
Y sea sincera mi oración." (16,12-17)
Él bloqueó el camino y no tengo salida,
Llenó de tinieblas mis caminos.
Encendió su cólera contra mí, y me trata como a su enemigo." (19,8)

La conclusión es trágica y, aparentemente, blasfemadora:

"Él (Eloah) se ríe de la desgracia del inocente". (9,23)
"Lárgame, para que yo pueda tener un instante de alegría." (10,20)

Y no adelanta arrepentirse ni purificarse:

"Aunque me lavase con agua de nieve y purificase las manos con lejía,
tú me sumergirías en la fosa de excrementos
y mis propios vestidos tienen horror de mí." (9,30-31)

El grito de Job se hace angustiante: la única certeza de consuelo ya no le viene de Dios. El la espera de los amigos:

"¡Piedad, piedad de mí, amigos, que me hirió la mano de Eloah!" (19,8-21)

6.2.2 – Dios es un soberano despótico que sólo hace lo que le place

Todo lo que Job habla nace de la certeza de que no hay nada que justifique lo que sucedió con él y su familia. Y no acepta las explicaciones de los pretendidos sabios y amigos.

Sólo sobra una respuesta: Dios hace lo que quiere, por el gusto de hacer lo que quiere, para mostrar que él está encima de todo y de todos:

"En su mano está el alma de todo ser vivo
y el espíritu de todo hombre mortal.
Lo que él destruye, nadie lo reconstruirá,
Si aprisiona a un hombre, nadie lo podrá liberar; (12,10.14)
Engrandece a los pueblos y los arruina.
Expande naciones y las destierra." (12,23)

Nuestros criterios de justicia no son capaces de comprender, de acompañar, de entender las elecciones de Dios y, sobretodo, no tenemos cómo descubrir lo que él tenga que ver con nuestra vida, dónde y cómo él entra en nuestra historia.

Al final –y contrariando todo lo que la historia de salvación pretende enseñarnos—parece que el incomprensible poder de Dios sólo se manifiesta en el sufrimiento injustificado de los pobres y de las pobres, que no encuentran salida para su situación de humillación y de opresión. Los ricos, los impíos y los ladrones pueden "desafiar" a este Dios, al mismo tiempo tan omnipotente y tan impotente y –en consecuencia—tan inútil.

"Las casas de los ladrones gozan de paz,
están seguros los que desafían a Eloah,
incluso aquel que lo manipula." (12,6)
¿Por qué continúan viviendo los malvados
y, al envejecer, se convierten, todavía, en más ricos? (…)
Sus casas están en paz y sin temor,
La vara de Eloah no los alcanza (…)
Así terminan sus días en la ventura
Y serenamente descienden a la mansión de los muertos.
Ellos que decían a El:'¡Apártate de nosotros,
Que no nos interesa conocer tus caminos!
¿Quién es Šadday, para que le sirvamos?
¿Qué provecho obtenemos en invocarlo?'
¿Cuántas veces se apaga la lámpara de las manos,
o se abate sobre ellos la desgracia,
o en su ira, Dios les inflinge sufrimientos? (…)
¿Por qué no preguntan a aquellos que viajaron,
y no encuentran extrañas sus historias:
que el malvado es aliviado en el día del desastre,

y que en el día de la ira, está puesto a salvo?
¿Quién le reprueba la conducta
y quién le paga por lo que hizo?" (21,7-31)

Job sella con seguridad, sus afirmaciones:

"Mis ojos vieron todo esto,
y mis oídos oyeron y entendieron." (13,1)

Los ojos de Job son su ancla de seguridad. Lo que avizora es su certeza, mucho más allá de las reflexiones huecas y vacías de los expertos. La verdad de los hechos debe ser proclamada:

"¡ Vive Dios(El) que me niega mi derecho.
Por Šadday que me amargó el alma,
en cuanto en mí haya un soplo de vida
y el aliento de Eloah en mis narices,
mis labios no dirán falsedades,
ni mi lengua pronunciará mentiras!" (27,2-4)

Y la realidad está hecha de gente que cambia la demarcación de las tierras y roba los rebaños; gente a la que no le importan huérfanos y viudas; gente que explota, atropella y aplasta a los pobres (24,1-11). Son asesinos, ladrones, adúlteros, amantes de las tinieblas y de la oscuridad de la noche que hacen violencia al pobre y al indigente (24,13-16):

"Suben de la ciudad los gemidos de los agonizantes,
se apaga el estertor de los heridos,
y Eloah ni presta atención a esas infamias." (24,12)

7 – Y mi siervo Job habló a/contra mí con fundamento (42,7)

Job, por lo demás, no habla sólo "tonterías". Es cierto que no debate acalorado con los amigos y a causa de su sufrimiento insoportable, Job se dejó llevar a hablar de y sobre Dios y, por eso, no consiguió evitar hablar muchas palabras tontas.

En ningún momento Job, engañó o se dejó engañar. Él sabe que no se puede sortear la sabiduría de Dios, pero, también sabe que no se puede sortear la realidad humana.

El debate entre Job y sus amigos termina en el capítulo 28, con un texto típico de la literatura sapiencial; tan típico que la mayoría de los estudiosos lo considera una añadidura posterior que fue colocado en los labios de Job.
Es más un elogio de la sabiduría como lo encontramos, también en Proverbios, Eclesiástico, Sabiduría, Baruc. Una sabiduría inaccesible, insondable, inalcanzable: ningún ser humano, incluso con toda su inteligencia poética, podrá apoderarse de ella. Nada la puede comprar.
"Sin embargo, ¿dónde se hallará la sabiduría? ¿Y dónde está el lugar del entendimiento? El hombre no conoce el valor de ella, ni se halla ella en la tierra de los vivientes.

El abismo dice: Ella no está en mí; y el mar afirma: No está conmigo (…). Está oculta a los ojos de todo viviente y escondida a las aves del cielo (…).
Elohim le entiende el camino, y él es quien sabe su lugar" (28,12-14.21.23)

La única y verdadera sabiduría consiste en el "temor de Dios" y en "abandonar el mal".

"Y dijo al hombre: mira, el temor del Señor es la sabiduría,
y apartarse del mal es el entendimiento" (28,28)

El árbol del conocimiento del bien y del mal continúa prohibida a Adán y su mujer (ishá). Al comérnosla, nunca más comeremos del árbol de la vida.

Las palabras de Job a/contra Dios, tal vez, fueron, también, tonterías, pero fueron dichas "con fundamento".

En ningún momento, él quiso explicar las elecciones de Dios, incluso cuando, evidentemente, eran injustas, si bien, medidas con nuestros parámetros.

Lo que Job siempre y sólo quiso fue hablar "con" Dios, discutir con él, llevarlo a juicio.

Solamente habló "de" Dios a causa de las palabras de los sabios; palabras insulsas y sin gusto como la clara del huevo sin sal (6,6).

Job sabe que:

> "Él no es como yo, un hombre, a quien pueda decir:
> 'vamos juntos a comparecer en un juicio'.
> No existe un árbitro entre nosotros,
> que ponga la mano sobre nosotros dos." (9,32-33)

Incluso así, él grita su voluntad de "discutir con Dios":

> "Más prefiero dirigirme a Šadday, deseo discutir con El (13,3)
> "Debo ser un escarnio para el vecino, al invocar a Eloah para que responda." (12,4).
> "Aunque él me mate, quedo en la expectativa, desde que
> pueda defender mi actuación en su presencia.
> Esto ya sería mi salvación, puesto que el impío
> no osaría comparecer frente a Él." (13,15-16)

Al encontrarse con Dios, Job sabe lo que va a querer decirle:

> "Diré a Eloah: no me condenes, ¡explícame lo que tienes contra mí!
> Acaso te agrada oprimirme, desdeñar la obra de tus manos (…)
> ¿Por qué indagas mi culpa y examinas mi pecado,
> cuando sabes que no soy culpable y que nadie me puede librar de tus manos?" (10,2-7)

Muchas son las preguntas que Job quiere hacer para entender la actitud contradictoria de Dios:

> "Tus manos me formaron (…) ¿y ahora quieres aniquilarme?" (10,8)
> "¿Por qué me sacaste del vientre? Podría haber muerto, sin que ojo alguno me viese, y ser, como si no hubiera existido, llevado del vientre para el sepulcro?" (10,18-19)
> "¿Cuántos son mis pecados y mis culpas? ¡Demuéstrame mis delitos y pecados!
> ¿Por qué me ocultas tu rostro y me tratas como a enemigo?" (10,23-24)
> "El hombre, nacido de mujer, escaso en días, lleno de inquietudes (…)
> Y es sobre alguien así que fijas los ojos (..) desvía de él los ojos, déjalo en paz,
> Para que se alegre como un asalariado con su día." (14,1-7)

Podríamos continuar anotando las muchas cosas que a Job le gustaría decir a Dios; tendríamos que copiar casi todo el libro. No es el caso: vamos a dejar la libertad de saborear el gusto de este grito, despacio, con calma. Es el grito del pobre, es el grito de la historia, es la pregunta que no se quiere callar. ¿Y Dios, con todo eso? ¡Es mil veces mejor, la muerte!

> "¡Ojalá me abrigases en la mansión de los muertos y allí me escondieras hasta que se aplacase tu cólera, y fijases un término para acordarte de mí!" (14,13).
> Mi espíritu está quebrantado, mis días se apagan;
> Sólo me queda el sepulcro." (17,1)
> "Si designas la mansión de los muertos, como mi morada
> y en las tinieblas preparar la cama, llamaría a la cueva:'Tú eres mi padre",
> a las tinieblas:"Ustedes son mi madre y mi hermana'." (17,13-14)

Es por eso que Job temía el reivindicar un encuentro con Dios, ni que fuera en un tribunal:

> "¡Ojalá supiese cómo encontrarlo, cómo llegar a su trono!
> Expondría frente a él mi causa, con mi boca llena de argumentos.
> Sabría con qué palabras iría a responderme y comprendería lo que tendría que decirme.
> ¿Usaría él la violencia al pleitear conmigo? ¡No! ¡Ciertamente, me escuchará! (23,1-6)

Pero, ¿cómo encontrarlo? ¿Cómo hablar con él?

> "Si es que voy al oriente, pero no está allí, al occidente, pero no lo encuentro;
> si está ocupado en el norte, no lo veo, si él se gira hacia el sur, no lo descubro." (23,8-9)

Y, a la misma hora, he aquí la duda, el miedo del encuentro:

> "No me harté de los preceptos de sus labios y guardé en el pecho las palabras de su boca.
> Mas él decide; ¿quién podrá disuadirlo? Él hace lo que quiere.
> Así ejecutará mi sentencia, como tantas otras que pensó.
> Por eso, estoy consternado en su presencia, sólo en pensar en eso
> estremezco frente a él." (23,12-15)

Y, en el medio del libro, en el centro de todos los discursos, casi al marcar la presencia y las razones de la desesperada voluntad de Job de ver a Šadday, encontramos la proclamación de la esperanza de Job:

> "Yo sé que mi go`el está aquí y que él, el último, más allá del polvo, está; y, por detrás de mi piel recortada, veo a Eloah con mi carne.
> Yo mismo lo veo, mis ojos lo ven y los otros no.
> Mis riñones se consumen dentro de mí, cuando dicen: '¿Cómo atraparlo?'
> Porque la raíz de mi mal está en mí.
> Cuidado con la espada
> Porque quien venga las culpas tiene una espada,
> Y sabrán que existe Šadday!" (19,25-29)

El último discurso de Job es un resumen magistral de todo lo que Job deseaba decirle a Šadday:

> "Quién me diera el volver a los meses de antaño,
> a los días en que Dios velaba sobre mí (…)
> cuando la amistad de Dios estaba sobre mi casa

y el Poderoso estaba todavía conmigo." (29,2-5)

¡Tiempos buenos aquellos! Tiempos de hartura, tiempos en que Job ganaba respeto y reverencia, reconocimiento y aplausos. Tiempos en que Job podía ayudar a pobres y viudas, huérfanos e infelices; tiempos de justicia y de derecho. Tiempos en que Job era llamado "padre de los pobres" (29,6-24).

Tiempos aquellos cuando Job podía proclamar con todo el orgullo:

"Oíanme con gran expectativa (…) mis palabras goteaban sobre ellos.
Y no perdían ningún gesto favorable. Yo escogía su camino, como un guía, me instalaba, como un rey, rodeado de guardas, consolándolos cuando se sentían oprimidos." (29, 12-25)

Tiempos que fueron transformados en tiempos de dolor y de sufrimiento; tiempos marcados por el desprecio y por el abandono.

"¡Chusma vil, gente sin nombre, expulsados del país a latigazos!.
Y ahora soy blanco de sus burlas, o tema de sus escarnios (…)
A mi derecha, se levanta el populacho, me tumban por los pies
y preparan el camino para mi exterminio"." (30.8-12)

Cuánto orgullo, cuánto preconcepto en estas palabras de Job: chusma, populacho…

Lo que Job no aguanta, mucho más que el dolor físico, más que la pérdida de todo, es ser colocado por detrás, ser despreciado por las mismas personas que, antes, siempre, él despreció.

Lo que hace a Job gritar a/contra Dios es el hecho de no ser él más el "más", no ser mas el centro. Lo que Job desea es volver a ser como antes, cuando él tenía la certeza de ser amigo de Dios, justamente porque era rico y poderoso.

Una vez más, Job juega en Dios la responsabilidad y la culpa de todos sus males y, con vehemencia, grita la inutilidad de su súplica. Dios está sordo o no se interesa con él.

"Grito a ti, y tú no me respondes;
me pongo ante ti y no me haces caso.
Tú te has vuelto cruel para conmigo
y me atacas con tu brazo vigoroso." (30,20-21)
"Esperé felicidad, me vino la desgracia;
esperé luz, me vino la oscuridad." (30,26)
"¿Qué galardón me reserva Eloah desde lo alto,
qué herencia me da Šadday desde los cielos?" (31,2)

Las últimas palabras de Job son, una vez más, la proclamación de su inocencia, de su obediencia, de su justicia, de su misericordia. Él es perfecto: nunca se dejó seducir ni por las mujeres[7], ni por las riquezas; siempre ayudó a los pobres y realizó todo lo que demandaba la justicia. Nada de violencia, nada de orgullo, nada de venganza.

¡Ningún error! Si Dios fuese realmente justo, todo volvería a ser como antes.

[7] Es interesante ver cómo el castigo por una eventual infidelidad conyugal, termina cayendo sobre la mujer. Para él, basta el desprecio de ser esposo de una adúltera. "Si mi corazón fue seducido por una mujer, y estuviera espiando a la puerta del vecino, ¡muela para otro mi mujer y otros se encorven sobre ella!" (31,9-10)

"¡Ojalá hubiese quien me oyera!
He aquí mi *taw = (última palabra)*. ¡Que me responda Šadday!" (31,35)

8 – Y Yahweh habló en medio de la tempestad

Solamente una vez, en sus discursos con los amigos, Job llamó a Dios con su nombre de ¡Yahweh[8]! Lo llamó El, Elohim, Adonai y, sobretodo, Eloah y Šadday… ¡Todo menos Yahweh! Parece que Yahweh no haga parte de la experiencia de fe de Job. Ni él ni sus sabios amigos conocen el nombre de Yahweh. Al igual que Abraham, como Isaac, como Jacob ellos conocen a Dios como El, como Šadday.

> "Aparecióse a Abraham, a Isaac y a Jacob como El Šadday, mas por su nombre, Yahweh, no les fue conocido." (Ex 6,3)

El Šadday es un Dios a medida de la gente, es el Dios de la teología: sólo puede ser pensado a partir de la experiencia humana. Él es, en cierta forma, un Dios a nuestra imagen y semejanza, un Dios a nuestro servicio, que tiene los mismos sentimientos que nosotros y que "funciona" según nuestros esquemas; nuestros o de nuestra sociedad, de nuestro sistema. Šadday[9] hace parte del sistema, sustenta y legitima el sistema.

No es posible afirmar que Job tenía la razón y que los amigos erraran; ni es posible afirmar lo contrario. Ambos lados del debate, partieron de la certeza de la teología de la retribución. Los amigos se obstinaron en demostrar a Job que, de una u otra manera, la misma funcionaba siempre. Job gritó desconsolado a/contra Dios, porque quería, de todos modos, que la misma funcionase.

Todos ellos hablaron de un Dios que se debía orientar por las elecciones del ser humano.

Y no podemos dejar de concordar con Duesberg cuando afirma que "Satán no estaba equivocado: sin la dolencia, nunca sabríamos si la rectitud de Job era interesada o gratuita"[10].

Job quería discutir, preguntar, pedir con insistencia su causa frente a El, Job quería ver a Šadday y quien le aparece es Yahweh, en medio de la tempestad.

Yahweh abandona el cielo, en donde acostumbraba a sentarse con los "hijos de Dios" a comentar lo que estaba sucediendo en la tierra. Por otro lado, quien "andaba 'calculando' sobre la tierra" era siempre Satán (1,7; 2,2).

Ahora Yahweh desciende al encuentro de Job. La tempestad es el lugar de la teofanía, el lugar teológico. Ni Yahweh ni Job temen a la tempestad. En el torbellino ellos se encuentran y Job no muere.

---

[8] Únicamente en 12,9 Job usa este nombre. El nombre de Yahweh aparece, también, en los primeros dos capítulos, al describir a Dios reunido con la corte angelical.

[9] Es sugestivo buscar la raíz del nombre Šadday:

- Puede venir del verbo *shadad* ("abatir", "oprimir", "expoliar", "destruir") es decir, Dios poderoso, fuerte.
- Puede venir del acádico *shadu* ("montaña"), es decir Dios de las alturas, sublime.
- Puede venir de *shad* ("mama", "seno"), es decir un Dios materno, Dios de la abundancia.

[10] H. Duesberg, *Le Psautier des malades,* Mardesous, 1952, p.44.

Este es el primer descubrimiento. La palabra de Job a/contra Dios, no provocó su muerte como temía su mujer (2,9).

Y Yahweh sentencia: Job dijo muchas tonterías:

> "¿Quién es éste que oscurece el consejo con palabras sin conocimiento?" (38,2).

Job gritó bien alto y con buen sonido que Dios quería derrotarlo, vencerlo, herirlo con sus flechas. Denunció que, inclusive sin motivo alguno, Dios deseaba su destrucción.
Exigió que Dios le presentase las cuentas, que lo escuchase y reconociese su absurda y cruel arbitrariedad.
En su tontería, Job se igualó a sus sabios amigos, inclusive diciendo lo contrario.

La única vez, en todos sus discursos, que Job usó el nombre de Yahweh fue para afirmar, entre otras cosas, que él "desata el cinto de los fuertes" (12,21).

Ahora, por el contrario, la primera cosa que Yahweh cobra de Job, es que él "se amarre el cinto como un fuerte", que él se prepare como un guerrero, listo para el combate.

Yahweh quiere ver a Job en toda su dignidad y fortaleza: *geber* "hombre fuerte", sujeto activo, héroe guerrero y no víctima derrotada.

Es a un Job altivo y digno al que Yahweh quiere hablar.

Ya he oído comentarios en los cuales se insinúa que Dios, al presentarse a Job como el supremo, altísimo y poderosísimo creador, quiere, de alguna manera, reducirlo a su tamaño de criatura, humilde y obediente, como el esclavo que era cuando, al final del primer capítulo, él proclamaba la soberanía de Dios:

> "Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré hacia allá;Yahweh lo dio y Yahweh lo tomó; bendito sea el nombre de Yahweh." (1,21)

No certifico que sea correcto interpretar los discursos de Yahweh desde la tempestad por este prisma. En ningún momento Job olvidó que Dios es el creador del mundo.

> "Él traslada las montañas, sin que se den cuenta, y los zarandea en su furor;
> sacude la tierra de su sitio, y se tambalean sus columnas;
> ordena al sol que no brille, y guarda lacradas a las estrellas;
> Él solo desplegó los cielos y camina sobre las olas del mar;
> Él hizo la Osa y el Orión, las Pléyades y las Cámaras del Sur;
> Hace prodigios insondables, maravillas sin cuento."(9,5-10).

De otro lado, si fuéramos a leer por este ángulo, Yahweh no estaría diciendo nada más que lo dicho por el cuarto sabio, Elihú, que ya no tenga dicho y repetido:

> "He aquí que Dios es grande, y nosotros no lo comprendemos (…)
> Porque reúne las gotas de las aguas, pulveriza la lluvia en su vapor,
> Que luego derraman las nubes y gotean sobre el hombre abundantemente.
> Después de esto, grita con grande voz, canta trovas con su alta voz (…)
> Con su voz canta trovas Dios, maravillosamente;
> Hace grandes cosas que no comprendemos. (…)
> A esto, oh Job, inclina tus oídos; atiende y considera las maravillas de Dios.

> Por ventura, ¿sabes tú cómo Dios las trabaja y hace resplandecer la luz desde su nube? (…)
> O, ¿extendiste con él los cielos, que están firmes como si fuera espejo fundido? (…)
> Y ahora no se puede ver el sol, que resplandece en los cielos;
> Pero, pasando el viento y purificándolos, el esplendor del oro viene del norte;
> Pues en Dios hay una tremenda majestad.
> Al Todopoderoso no podemos alcanzar; grande es en poder;
> Por lo demás a nadie oprime en juicio y grandeza de justicia.
> Por eso, lo temen los hombres; ¡a él la veneración de los que son sabios en el corazón!" (36,26-37,24)

Al hablar así, del Dios creador, desconocido, insondable, inaccesible, soberano, no estamos diciendo nada más de lo que diríamos de cualquier Ba'al: lluvia y nieve, truenos y relámpagos, nubes y sequías...todo esto también lo realiza *ba'al,* o El o Elohim o Eloah o también Šadday…

A este Dios sólo se le debe obediencia, sujeción, humillación.

Este Dios no desciende, su poder es directamente proporcional a su distanciamiento, a su trascendencia, a la distancia de la realidad humana.

Este Dios requiere de intérpretes, de sabios, de profetas, de intermediarios, de sacerdotes.
Yahweh no.

Yahweh oye el grito, Yahweh desciende, toma partido, Yahweh envía, te transforma en guerrero y guerrera, en héroe y heroína.

La omnipotencia creadora de Yahweh no sirve para machacar y para humillar a la criatura, antes bien, para garantizar a todos nosotros que quien está a nuestro lado es quién todo puede, quién todo sabe, quién todo vence.

La muerte, el mar, las tinieblas, el desierto, están bajo el control de Yahweh: tiene puertas, límites, cercas. No nos van a meter más miedo, inclusive cuando nos hacen gritar en el dolor y en el sufrimiento.
A través de los ojos de Yahweh, Job es elevado a contemplar la rebeldía, la indomabilidad, la insumisión, la independencia de la vida generada por la fuerza de Yahweh.

Los corzos indomables; el asno salvaje que no acepta arreos; el buey indómito que no se sujeta a nadie; el avestruz impío e inalcanzable; el semental fogoso, listo para la guerra, que no teme a ninguno, ni a nada; el halcón y el águila que dominan las alturas (39): éstos son los signos visibles de los designios de Dios.

No la esclavitud, no la sumisión, no el miedo. La rebeldía indomable es la característica del espíritu de Dios en sus criaturas.

No consigo no recordar a Mikail Bakunin, uno de los pensadores anárquicos y ateos más fecundos, el cual decía: "el ser humano es una mezcla de tres elementos: animalidad, racionalidad y voluntad de rebelarse".

Job no va a contestar ya más a Šadday, ni acusar a Eloah. Él va a callarse frente a Yahweh (40,2-5). Yahweh de la tempestad, por lo demás, no se contenta con la actitud humilde de Job. Él insiste de nuevo:

> "amarra tu cinto como uno fuerte" (40,7).

Y colocando el dedo en la llaga, Yahweh cuestiona:

> "¿tú pones en mí la culpa, para justificarte?" (40,8).

Éste es el centro de las palabras de Yahweh.

Los amigos sabios quisieron defender a Dios, aunque no eran sus abogados y culparon a Job. Job acusó a Dios y proclamó su inocencia.

Y así, todos ellos, sólo hablaron "tonterías".

Preguntar por quién es el culpado: ésta es la "tontería", la cual no da para responder. O mejor, todas las veces que intentamos responder a esta pregunta sin respuesta, sólo tenemos dos alternativas: o justificarnos, colocando toda la responsabilidad en Dios *(¿por qué Dios permite que esto suceda?)* o, cuando no somos las víctimas, procurar defender a Dios y, así, de alguna manera, silenciar y conformar la revolución humana *(te conformas,¡Dios es quien sabe!¡Jesús , también sufrió!).*

No hay ninguna duda que podemos leer las provocaciones de Yahweh como una ironía sarcástica y humillante, que busca poner a Job en su debido lugar.

¡No tendría sentido! Ahí, sí, Dios sería igualmente el déspota absolutista que requiere de esclavos humillados y obedientes.

Y, para esto, no era necesario que el propio Yahweh bajara. Finalmente, Job ya sabía y ya había declarado:

> "Él no es como yo, un hombre" (9,32).

Prefiero leer las provocaciones de Yahweh como un estímulo para que Job asuma un protagonismo adulto y responsable, que no puede ser derrotado, ni por el dolor ni por la muerte.

En su primer discurso (38 y 39), Yahweh se presentó como el todopoderoso, supremo, creador. Mas no podemos olvidar que al poder creador de Dios corresponde un *'adam,* hombre y mujer, llamados a ser su "imagen y semejanza", llamados a "dominar la tierra", llamados a luchar siempre contra las fuerzas de las tinieblas, de los mares y de los desiertos, en un gesto eterno de creación, manifestación del poder de Dios, no sólo al principio, sino a lo largo de toda la historia.

En su segundo discurso (40 y 41), Yahweh recuerda a Job la segunda característica de su poder: ser el redentor y liberador de los oprimidos. Y, si en el primer discurso, desafió a Job a ser el sujeto de la creación, en este segundo discurso, lo desafía a ser el sujeto de la lucha contra la opresión:

> "¿Tienes un brazo como el de Dios? ¿o puedes tronar tu voz como la suya?
> ¡Ea, cíñete de majestad y de grandeza; revístete de gloria y de esplendor!
> ¡Derrama los furores de tu ira, y atenta frente a todo soberbio, y liquídalo!

Con una mirada abate al orgulloso y humíllalo, y atropella a los impíos en su lugar.
¡Húndelos juntos en el suelo; cierra los rostros en lo oculto!
¡Y yo mismo te rendiré homenaje, y confesaré que tu mano derecha te habrá librado!" (40,9-14)

Beemot y Leviatán, dos monstruos mitológicos, asustadores y sinónimos del caos primordial, nos son presentados en todo su inmenso poder e indomabilidad, e, incluso así, dominados por Yahweh.

La memoria de Leviatán, en cierta manera, nos remite al inicio de los gritos de Job, cuando él gritaba la victoria de la "anticreación", la victoria de las tinieblas sobre la luz del día de muerte que él estaba viviendo:

"Le reclamen tinieblas y sombras de muerte; un nublado se cierne sobre él;
espanten todo lo que puede oscurecer el día.
Y aquella noche, que de ella se apoderen densas tinieblas;
No se regocije ella entre los días del año, ni tampoco entre en la cuenta de los meses.
Sea estéril aquella noche, impenetrables a los sonidos de alegría. Maldíganla los que maldicen el día y son capaces de incitar a Leviatán" (3,5-8)

Día y noche malditos, vencidos por las tinieblas, por la tristeza; día y noche maldecidos por aquellos que "son capaces de incitar a Leviatán".

Job comenzó gritando la victoria de las fuerzas de la muerte, la derrota de la acción de Dios contra las tinieblas y los abismos.

Job convocó a quedar de su lado, los que dominan a Leviatán. Yahweh grita a Job que sólo él tiene poder sobre Leviatán; ninguno más lo controla y lo domina.

Nunca, en ningún momento se puede blasfemar diciendo que Dios es responsable de la muerte y del dolor. Ni incluso como castigo. E igualmente como prueba de fidelidad.

Leviatán no tiene poder. Sólo Yahweh: el Dios creador y liberador que nos llama a ser, con él, creadores y libertadores contra toda tiniebla, contra todo Leviatán, contra toda forma de muerte, de sufrimiento y de opresión.

9 – Por eso yo odio y consuelo a mí mismo sobre polvo y ceniza

El capítulo 42 nos presenta un Job, finalmente reconciliado con Yahweh, consciente que él no perdió, en ningún momento, el control de los acontecimientos, consciente que él tiene planes y proyectos, incluso cuando éstos no son comprensibles.

Pero, sobretodo, con la certeza de que Yahweh no quiere esclavo ciego y sumiso; con la certeza de que Yahweh no quiere silenciar su grito de revuelta y desesperación.

Toda vez que el grito del sufriente sube al cielo, Yahweh oye, Yahweh desciende.

"Ahora que mi ojo te vio". (42,5)

Lo que importa es saber que Yahweh estuvo, está y estará, siempre, al lado del que grita. En su discurso sobre la creación, Yahweh recordó a Job todo lo que él creó; únicamente no habló del *'Adam.*

'Adam va a ser creado ahora, del polvo y la ceniza sobre los cuales Job se encuentra. En el polvo y la ceniza nace el nuevo 'Adam, un nuevo ser humano, imagen de Dios, sujeto creador, igualmente en su dolor y en sus heridas.

La traducción del v.6 del cap. 42 es decisiva para demostrar cuál es la teología del traductor: los LXX traducen en griego: "por eso yo me humillé y me aniquilé, y me consideré como tierra y ceniza". La Vulgata traduce en latín: "por esto me reprendo y hago penitencia sobre la brasa y la ceniza". Las traducciones portuguesas católicas siguen, en general, esta línea: "me retracto y me arrepiento". Las traducciones protestantes siguen más de cerca el hebreo: "Por esto me abomino y me arrepiento en el polvo y la ceniza". En casi todos los casos, las traducciones tienen una connotación penitencial, como si la visita divina no consiga despertar en el ser humano, nada más que un miserable remordimiento y un sentimiento de humillación..[11] Leído así, el primer hemistiquio sería exactamente igual al que Job habló en 9,21, cuando usó el mismo verbo *ma'as* "detestar", "odiar": "yo odio mi vida".

¿Dónde estaría, entonces, la novedad?

Más interesante es la traducción del segundo verbo *naham* que, en su origen, indica un gran suspiro, provocado por una fuerte emoción y que puede, por eso tener una traducción muy controvertida y ambigua: arrepentirse o también, consolarse.

La traducción que yo prefiero, ya que me parece que da un mayor sentido a las palabras de Job, y es la siguiente:

> "por eso, odio y consuelo a mí mismo sobre el polvo y la ceniza".

El equilibrio de la paz interior pasa por este camino, aparentemente contradictorio: odiarse y consolarse.

Job, finalmente, deja de considerar su salvación como la cosa más importante. Job deja de ser el centro de sus preocupaciones. Lo importante, ahora, ya no es más lo que va a suceder o dejar de acontecer con él.

Yahweh llevó a Job a ser 'excéntrico', a mirar más allá de sí, más allá de su enfermedad, más allá de su entendimiento y comprensión.

Jesús, también, anunció esta misma ambigüedad:

> "quien ama su vida, la perderá; pero aquel que **odie** su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna" (Jn 12,25).

Sólo una cosa más: "polvo y ceniza" no debe ser leído aquí, como elemento cúltico de luto y de desesperación ni tampoco incluso como un gesto de humillación. Polvo y ceniza son el lugar donde Job se encuentra en su realidad de sufrimiento.

Del polvo y de la ceniza va a nacer el nuevo *'Adam*, o, mejor, el nuevo Job.

[11] Guido Ceronetti, *Il libro de Giobbe,* ADELPHA Edizioni, 1981, p.211.

Así la creación se completa. Así Dios puede volver a descansar.

10 - ¿Y si el final no fuese un final feliz?

Todos conocemos el final feliz del cuento de Job.

Job intercediendo por la vida de sus amigos, que no supieron hablar de Dios con fundamento; Job recibiendo duplicado todo lo que tenía perdido.

Su actitud con las tres hijas es colocada en forma destacada: sólo ellas tienen nombre: paloma, canela y frasco de perfumes; las señoritas más lindas de la tierra entera y, también herederas de los bienes de su padre (42,13-15).

En el centro de todo, está la verdadera novedad: Job es consolado (es el mismo verbo *naḥam* de antes) por los hermanos, por las hermanas y por su pueblo. Ellos van hasta su casa, comen con él y cada uno le ofrece una moneda de plata y un anillo de oro. Ésta es la verdadera bendición de Yahweh, que los sabios desconocían. Lo que ellos tenían que dar era silencio de conmiseración, luego de un montón de palabras tontas.

> "Entonces, todos sus hermanos, y todas sus hermanas, y todo su pueblo de antaño, llegaron donde él y comieron con él en su casa, y se condolieron de él y lo consolaron de todo el mal que Yahweh le había enviado; cada uno le dio una pieza de plata y un anillo de oro. Así, bendijo Yahweh la nueva vida de Job, más que la primera." (42,11-12)

La fantástica fortuna que Job va a reconstruir, comienza con una monedita, como un anillo, fruto de la solidaridad consoladora de todos los que concurren a consolar a Job de *todo mal enviado por Yahweh.*

Es así que nuestros autores no discuten de dónde o por qué vino el mal.

Lo que está en discusión es nuestra actitud frente a la persona sufriente. Podemos ser como los "sabios", que con Job hablaron y hablaron. O podemos ser como "su pueblo" que con él come y con él reparte de lo poco que tienen.

Hacer teología es repartir el pan.

¿Y si el final no hubiera sido éste? Si, como generalmente sucede en la vida, el pobre continúa sufriendo sin ver la solución?

No consigo olvidar que el libro de Job es un cuento edificante y, por eso, con final feliz. La realidad suele ser diferente.

Creo que cabrían muy bien en la boca de un Job que continúa en el polvo y en la ceniza, las palabras a/contra Dios escritas por un judío antes de morir, en 1943, en la resistencia del gueto de Varsovia, frente a los batallones nazistas y encontradas dentro de una garrafa en medio de los escombros:

> "Yo me siento orgulloso por ser un judío, porque ser judío es cosa dura, terrible. En el mundo está aconteciendo algo tremendo: es el tiempo en el cual el todopoderoso da las espaldas a quien le suplica.

Dios escondió su rostro y, por esto, los hombres están desplegando sus pasiones salvajes.
Y es natural que, cuando dominan el mundo estas pasiones, las primeras víctimas sean aquellas en los cuales lo divino y lo puro permanecerán vivos.
Esto puede ser triste, pero la suerte de nuestro pueblo viene marcada no por leyes terrenas, sino por leyes sobrenaturales y quien compromete su fe en estos acontecimientos, debe avizorar en ellas solamente una parte de la gran acción de Dios, frente al cual, las tragedias humanas no tienen importancia.
Siendo así, yo no espero un milagro y no ruego a Dios para que me proteja. Puede mostrarme la misma indiferencia que mostró a millones de otros de mi pueblo: yo no soy una excepción a la regla y no espero que me trate con privilegios.
No intentaré salvarme, no intentaré huir. Estoy para derramar gasolina sobre mis ropas: tengo solamente tres garrafas de las muchas docenas que tiré sobre los malhechores y me agarro a ellas como el bebedor hace con el vino.
Después de derramar la última garrafa en mi ropa, colocaré esta carta en la garrafa vacía y la esconderé entre los escombros. Si alguien la encuentra, tal vez entienda los sentimientos de un judío, de uno entre los millones de judíos que morirán…
Tú, oh mi Dios, dices que pecamos. Cierto, pecamos y admito que debemos ser castigados. Pero me agradaría que tu me dijeras si existe en la tierra un pecado que merezca tamaño castigo.
Hablo todo esto, mi Dios, porque creo en ti, porque creo ahora más que antes, porque ahora se que tú eres mi Dios y no el Dios de aquellos que son el fruto de su militante impiedad…
Yo no puedo alabarte por los actos que tú toleras, pero te bendigo y te alabo por tu majestad que inspira temor.
Tu majestad debe ser realmente muy grande, si todo lo que sucede no te impresiona.
La muerte ya no puede esperar más. Tengo que terminar de escribir. El tiroteo en los pasillos de arriba, disminuye de minuto en minuto: están cayendo los últimos defensores de nuestro refugio y con ellos, cae la grande y bella Varsovia judía que temía a Dios.
El sol se pone y yo te lo agradezco, mi Dios, por no verlo más levantarse al horizonte.
Rayos colorados entran por la ventana y el pedazo de cielo que estoy viendo, parece estar en llamas, se parece a la sangre.
De aquí a una hora, a más tardar, estaré junto a mi esposa,, mis hijos, con los millones de hijos de mi pueblo, en un mundo mejor, donde no existan más dudas y donde Dios será el Único Soberano…
Seguí a Dios mismo, cuando él me rechazaba a lo lejos; observé sus mandamientos cuando, como premio de esta observancia, él me golpeaba.
Yo lo amé. Fui y todavía soy apasionado por él, incluso cuando me juzgaba como a un gusano, en el suelo; igualmente cuando me torturó hasta la muerte, reduciéndome a un espectáculo de vergüenza y mofa.
Tú me puedes torturar hasta la muerte, pero yo siempre tendré mi fe en ti. Voy a amarte siempre, a pesar de ti.
Y son éstas, mis últimas palabras, oh mi Dios terrible: tú no vas a lograr que yo reniegue de ti. Hiciste todo para que yo dudase, sin embargo yo muero con el mismo modo en que viví: con una fe inquebrantable en ti.

> Alabado sea por toda la eternidad oh Dios de los muertos, oh Dios de la justicia vengadora, oh Dios de la verdad y de la fe, que luego mostrará su rostro al mundo, conmoviendo sus fundamentos con voz todopoderosa.
> Escucha Israel: el Eterno es nuestro Dios, el Eterno es el Único. Sólo él existe."

Bibliografía

Los textos que más me ayudaron en este ensayo fueron:

CERONETTI, Guido, *Il libro de Giobbe,* Adelphi Edizioni, 1981, 291 p.

VAAGE, Leif, "Do meio da tempestade a resposta de Deus a Jó – Sabedoria bíblica, ecologia moderna, vida marginal – Uma lectura de Jó 38,1-42,6" en *RIBLA,* Petrópolis, Editora Vozes, vol.21, 1995, p.62-77

Sugiero, también a lectura de:

ALVARADO, Napoleón, *E Deus se fez Jó em Jesús – Entrevista com o autor de Jó*, São Leopoldo, Centro de Estudos Bíblicos, 1996, 22p.

ANDERSON, Ana Flora y GORGULHO, Gilberto, *Jó, o grito que vem do lixão,* São Paulo, 1987 (apostilla)

DIETRICH, José Luís, "Jó – Uma espiritualidade para sujeitos históricos", en *Estudos Bíblicos,* vol.30, p. 32-43

GARCÍA-MAYOL, Doris J., "La comunidad y Job – Valores en conflicto" , en *Oikodomein,* México, Comunidad Teológica de México, vol.6, n.7, 2000, p.9-21

GONÇALVES, Humberto Maiztegui, "Jó 1-2 y 42,7-17 – A pessoa humana manipulada por Deus e Satanás ou sujeito da história junto ao Deus da vida", en *Estudos Bíblicos,* Petrópolis, Editora Vozes, vol.74, 2002, p.79-87

HABEL, Norman C., "A cosmología invertida de Jó – Uma opção para celebrar?", en *Concilium,* Petrópolis, Editora Vozes, n.4, 2000, p.26-35

HERBST, Adrián, "El libro de Job y la madurez religiosa", en *Cuadernos de Teología,* Buenos Aires, Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos/ISEDET, vol.19, 2000, p.49-57

Impaciencia de Jó (A), São Leopoldo, Centro de Estudos Bíblicos, 1996, 44p.

MAZZAROLO, Isidoro, *Jó, amor e ódio vêm do mesmo Deus,* Rio de Janeiro, Mazzarolo Editor, 2002, 276 p.

OLIVA, José Raimundo, *Jó, sabio profeta – Exegese do capitulo 24,* São Leopoldo, Centro de Estudos Bíblicos, 2000, 74p.

PEGORINI, Nilson y OLIVEIRA, Quiquita, *Proposta de roteiro para estudo do livro de Jó,* São Leopoldo, Centro de Estudos Bíblicos, 1996, 28p.

PIXLEY, Jorge, *El libro de Job,* San José, Ediciones SEBILA, 1982 (Comentario Bíblico Latinoamericano)

POZZO, Aldo Dal, "Releitura popular da Bíblia para um outro mundo possível – O mundo que Jó não viu", en *Estudos Bíblicos,* Petrópolis, Editora Vozes, vol.75, 2002, p.38-47

REIMER, Haroldo, "Criação: complexo espaço-planetário – Uma leitura de Jó em perspectiva ecológica", en *Fragmentos de Cultura,* Goiania, Instituto de filosofia e teologia de Goiás/IFITEG, Vol. 12, n.4, 2002, p. 643-657

RIBEIRO, Cláudio de Oliveira, "Falar e calar – Reflexões a partir da leitura do livro de Jó efectuada por Gustavo Gutiérrez", en *Revista de Cultura Teológica,* São Paulo, Pontificia Faculdade de Teologia Nossa Señora da Assunção, vol.7, n.27, 1999, p.87-99

STADELMANN, Luís I., *O itinerário espiritual de Jó,* São Paulo, Edições Loyola, 1997, 124 p.

TAMEZ, Elsa, "De silencios y gritos: Job y Qohélet en los noventa", en *Pasos,* San José, Departamento Ecuménico de Investigaciones/Editorial DEI, vol.82, 1999, p.1-6

TERNAY, Henri de, *O livro de Jó – Da provação à conversão, um longo processo,* Petrópolis, Editora Vozes, 2001, 333 p. (Comentario Bíblico A.T.)

Sandro Gallazzi
Caixa postal 12
Macapá/AP
68906-970
Brasil
sandro.gallazzi@oi.com.br